

III

LA VERÓNICA

Pálidas, convulsivas, son las manos abiertas.
 Ramos de almendro blanco los brazos torturados;
 el mirar empañado de lágrimas desiertas,
 por un Amor en fuertes valores contrastado...
 La túnica empapada de rojos macerados
 rinde al manto su duelo en los verdes alertas
 en tanto el rostro lívido entre linos nevados
 se quema en desconuelos por penas más que yertas...
 Es defensa y caricia lo que su afán entiende
 cubriendo el pecho abierto con mística coraza
 recia, audaz, cristalina, limpia e inmaculada.
 Sobre el velo gracioso el milagro se extiende
 centelleando en vívida llama de augusta traza.
 la faz de Jesucristo con sangre rubricada...

ANTONIO LOPEZ MARTINEZ

 CANCIÓN

A Manuel Terrón Albarrán.

Sabedlo, hermana mía.

Que como la yerba crece
 tu mirar.

—Dios en el cielo.

Y, como la yerba bebe
 el rocío.

—Dios en el viento.

Y, como la yerba vive
 la paz.

—Dios en lo eterno.

Sabedlo, hermana mía.
 Amiga amante, sabedlo.

M. GUTIÉRREZ DE LA FUENTE

DE ARTE

«Carta abierta a un pintor galardonado»

Sr. Don José María Labrador.
 Sevilla.

MI viejo amigo: Mucho he de contener mi deseo para no estar ahí con vosotros disfrutando de vuestra gloria. Sabes que llevo seis meses ausente de mi estudio y ahora mi propia obra de escultor me reclama imperiosamente. Cuando amamos nuestro oficio éste nos impone un yugo al que dócil y amorosamente hemos de acomodarnos.

Tú eres buen ejemplo de ello. Año tras año te plegaste a él, sabiendo por viejo instinto que, tanto como el talento, que la gracia divina da, son necesarios para elevarse la conjunción con el del estudio tenaz y perseverante, de una disciplina sin relajamiento, de una fe a prueba de sinsabores y de fracasos.

Si, yo que te admiraba ya a mis 17 años porque por entonces ibas delante de mí, he sido testigo de tu enternecedora conformidad sostenida por la fe, ante la frívola incomprensión. Yo que no sabía nada, por la fe, por amar lo que nos ilusionaba, creía en ti.

Y no es que ya por entonces tus obras—bien lo sabes—fueran dignas del aplauso general. No podían serlo, por lo mismo que el gran matemático no pudo tener el reconocimiento de tal cuando solo sabía multiplicar; que también el Arte necesita para ser siquiera discreto, acumular ciencia y sabiduría.

Si algunos creíamos en Labrador era más por el hombre que por la obra misma de entonces. Tu sana sencillez no exenta de un punto de cazarería aldeana—¿qué otra defensa podía tener entre vivos y burlones?—, tu modesto afán de aprender, de admirar sin ser admirado, la voluntad sana de situarte sin dar codazos, sin quitar nada a nadie, te captaba el afecto de los que simpatizamos con el esfuerzo del prójimo.

Ni las canas, ni las obligaciones familiares, ni las dificultades económicas truncaron tu ilusión. Año tras año, cayendo y levantándote, sin renegar del yugo, has ido persiguiéndola con recatada ambición.

Los que conocemos ésta clase de lucha sabemos lo que es el heroísmo y, el que está en lo Alto y todo lo puede, sabiéndolo mejor recompensa siempre.

Quisiste, primero, pintar bien, después la consideración que da el reconocimiento oficial. Para lograrlo no te reservaste nunca, no escatimaste esfuerzo y la Providencia por obra de Eugenio Hermoso y de quien lleva nombre de precursor y de arcángel, de Juan Miguel Sánchez, que como enviado providencial, en el pequeño cón-